

Amar sin culpas A propósito de Molano y Un beso

Guillermo Correa Montoya

En 1926, en la obra *La novela de los tres*, de José Restrepo Jaramillo, un personaje dice:

Jorge hace versos. [...] ¿Te parece muy notable eso? ¡Asco! ¡Hace versos! Me acuerdo de la frase burda, armada con ese mismo verbo impersonal, que nos merecía justamente un latigazo del maestro cada vez que la virilidad naciente la llevaba hasta nuestros labios. ¡Hace versos! [...] y entonces, en rapidísimo tajo de tiempo, veía yo a un hombre pequeño, de mirar astuto, que se inclinaba para ver un dibujo mío y que en lugar de este hallaba un verso que leía mientras otros compañeros míos y de él colgaban carcajadas gruesas de sus bocas y mientras yo atirantaba dolorosamente la musculatura inferior: [...] continuaré mi verso desolado. Tú lo puedes oír porque has pecado [...].¹

Un poco más de sesenta años después, Fernando Molano en su novela *Un beso de Dick* escribe:

Él empieza a decir que va a hablar sobre un poema de Eliseo Diego, que es un poeta cubano...; y se sienta para que ya no le miremos más ¡sus piernas!

[...].

¡Dios, qué tipo!

[...].

“Yo les digo todo esto porque... porque ese poema y ese cuadro a mí me han hecho pensar que cuando uno se enamora es como estar en esa pintura de las rocas. Porque el mundo sigue triste, y la gente se mata, y hay gente que lo odia a uno..., hay gente que lo odia mucho a uno... O sea, todo sigue igual de mal; pero uno se enamora, y se enamora alguien de uno... y

eso es como estar en un lugar como ese: donde a uno lo alumbraba el sol como a esas figuras de las rocas. Y allí uno puede estar tranquilo y no sentir miedo...”.

[...].

—Si alguien quiere hacerle alguna pregunta a Leonardo —está diciendo la profe— o si quieren comentar algo...

Sí. Yo quisiera comentar que lo amo.

[...].

Sentado en las gradas de la pista (porque hemos venido a besarnos; ahora está vacío el colegio, y ya es de noche, pero hace frío) yo quisiera decirle a Leonardo que lo amo. Y que me gusta tanto... ser de él. O algo así. Pero a mí sólo me salen besos.²

Estos dos fragmentos nos aproximan a mundos contrapuestos y nos advierten de un cambio profundo, un cambio que no solo ocurre en los contextos históricos, sino en el interior mismo de los amores disidentes. Mientras Jorge está construido en la culpa, la rabia y el desprecio, Leonardo se enuncia cargado de poesía, sensibilidad y encanto. No hay asomo de culpa o de fuga, un asunto que en Jorge supone siempre un destierro. Jorge, desolado, revela la traición viril. Leonardo, enamorado, conquista su deseo. En el primero se encuentra asimilada la repugnancia, en el segundo la honestidad de un amor, años atrás, imposible de pronunciar.

Un beso de Dick, primera novela de Fernando Molano, ganadora del Premio de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín, en 1992,

narra en un modo directo y honesto el amor de dos adolescentes estudiantes de secundaria, Felipe y Leonardo, en Bogotá. Por fuera del clásico formato de culpas, amores a contracorriente, ambientes hostiles, encuentros trágicos y desenlaces fatales, Molano ofrece una historia sensible y sin artificios, en la cual se sustrae de las cargas oscuras, del desprecio amontonado y de la negación compleja que hasta entonces aparecía entrecruzada en la representación social de las vidas de hombres homosexuales en el país. Sin asomarse al deseo desterrado, al amor imposible o incluso a los fragmentos de deseos y placeres anónimos que se deslizan en la oscuridad de la noche o en los rincones periféricos de algún sótano, Molano construye un espacio de amor y encuentro entre dos jóvenes que se afirman en su propio deseo y, en esa atmósfera, ocurre un hecho sin precedentes: dos jóvenes se aman, tienen sexo e historia y en esa historia el amor disidente adquiere presencia y afirmación.

La historia no está construida en los márgenes del desprecio o en la persecución obsesiva de una sociedad que se afana en negar o extirpar placeres no convencionales. Sin caer en una imagen paradisiaca de los amores libres y tolerados, Molano contrapone la resistencia de los padres de Felipe (incluso el golpe del padre termina por aproximarlos) a un romance que se vuelve central y en cuyos protagonistas no aparece ningún asomo de culpa, dolor o desolación. “Además, perder con Leonardo es muy rico: porque ahora que me tumba me coge a besos. Y nos besamos mucho. Y no se nos da nada que el celador nos pille y nos grite “par de maricones!”.³ La centralidad del amor entre dos hombres jóvenes, entre dos futbolistas sin afecciones o aflicciones en sus encuentros amorosos, plantea un giro en las narrativas literarias sobre los placeres disidentes.

En José Restrepo Jaramillo el amor se vive en silencio y se enreda en culpas y traiciones; en Bernardo Arias Trujillo (*Por los caminos de*

Sodoma: confesiones íntimas de un homosexual, 1932) el deseo es tragedia y destierro; en Manuel Mejía Vallejo (*Aire de tango*, 1973) no amar es una sentencia y golpear es una definición; en Félix Ángel (*Te quiero mucho, poquito, nada*, 1975) el deseo es fuga y contradicción, y en Fernando Vallejo (*El fuego secreto*, 1987) el deseo se compra, se traiciona y se consume. Y en todos ellos, la homosexualidad resurge como una marca, un vicio, una afrenta o una audacia.

—Vea cómo me tiene usted.

—Se ve muy rica.

—Qué dura, ¿cierto?

—Sí...muy dura— me dice, y me va desabrochando la pretina.

—¿Qué hace?

—¿Qué cree?

—...

—Voltéese, güevón.

—...

Dios, ¿se volvió loco este tipo?... ¿Qué hace?: ¡¿aquí?!, ¡¿en la calle?!

—¡¡Mjj!!

[...].

¡Por qué se va a quitar: si lo que usted quiere es darme, bonito!...: sólo es cosa de apretarse la mejilla contra el árbol...bien fuerte...

—¡Qué culo el suyo, Felipe!

[...] —Cuidado, pelaos: por allí vienen unos policías.⁴

Molano plantea un quiebre en estas representaciones; el contexto no deja de ser hostil

y complejo, pero adquiere un papel mínimo, mientras el deseo homosexual se vuelve apromblemático, restituye la humanidad, afirma el encuentro, ahuyenta la negación o la tragedia, escapa a los clásicos estereotipos, son otros los que sufren o se contorsionan, el medio social no parece plantear mayores transformaciones de época, pero los amantes son nuevos personajes que viven su amor sin vacilaciones, que ofrecen un encuentro de cuerpos, penetraciones y besos, como un modo de definición de ellos mismos. El deseo no mancha, no lacera o revierte la vida en una atmosfera abyecta; por el contrario, la carga de poesía y sinceridad.

En Félix Ángel, la iniciación sexual de su personaje está cargado de manchas, violencia, placer y culpas; su personaje se perturba y su deseo se enreda en el juego de lo sucio, lo placentero y lo abyecto: “Se sintió muy mal, avergonzado, ofendido y con unas tremendas ganas de cagar”.⁵ Mientras en Molano penetrar es un acto de amor, un modo de poseer “bonito” como lo afirma su personaje Felipe, es un juego de vitalidad y potencia. En el nivel cultural no parecen existir mayores transformaciones, aunque es notable una menor problematización de la homosexualidad en la familia de Felipe. No obstante, el cambio central opera en los personajes: Felipe Vallejo, el personaje de *Te quiero mucho, poquito, nada*, siente vergüenza, culpa, por su acto de iniciación sexual; incluso opera en él una idea de violación, aunque la misma este atravesada por un campo complejo de goce y placer; de otro lado, Felipe, el personaje de Molano, está desprovisto de culpabilidad, alejado de los marcos culturales de la vergüenza y orientado solo a dejarse poseer por Leonardo, ser de él, como lo anuncia. Este cambio es significativo y plantea un lugar profundo de análisis.

Los escenarios socio/históricos sobre los que se inscriben los dos personajes, años setenta en Ángel, y ochenta en Molano, ofrecen

variaciones en el plano local e internacional: la despenalización de la homosexualidad en Colombia en 1980 (Código penal), las representaciones plásticas en los trabajos de Miguel Ángel Rojas, Luis Caballero, Beatriz Jaramillo y Álvaro Barrios y, particularmente, la fuerza de la política de liberación sexual en Estados Unidos durante los años setenta en el contexto del grito del Orgullo Gay y todo un entramado del sexo como agenda política. No obstante, salvo la existencia lingüística que adquiere mayor consistencia, en materia de transformaciones socio/culturales, en instituciones educativas, en la familia o en el escenario social, los cambios son mínimos y resultan casi imperceptibles. El cambio fundante ocurre en el plano de la subjetividad que, si bien los años ochenta e incluso noventa seguirán amarrados a un complejo entramado de culpas, deseo, agonías, suciedad y placer, con Molano esa otra subjetividad se asoma, el amor homosexual tiene lugar casi por primera vez en la existencia de las novelas colombianas.

A cincuenta años del hito revolucionario, el amor disidente, sin culpas y sin problematizaciones que plantea Molano en *Un beso de Dick* continúa siendo un tema pendiente por conquistar y liberar en el escenario de los afectos revolucionarios y los encuentros libertarios.

Referencias

- 1 Restrepo Jaramillo, J. (1926). *La novela de los tres*, Bogotá, Ediciones Colombia, p 39.
- 2 Molano Vargas, F. (2002). *Un beso de Dick*, Bogotá, Babilonia, pp. 89-96.
- 3 *Ibíd.*, pp. 53-54.
- 4 *Ibíd.*
- 5 Ángel, F. (1975). *Te quiero mucho, poquito, nada: historietta*, Medellín, s. m. d., p. 63.

Guillermo Correa Montoya es profesor del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia.